

“LA VIDA ME HA ENSEÑADO A ACEPTAR LA MUERTE”

“Mi primer caso de muerte violenta fue un atraco en una tienda de ropa. Una mujer que no llegaba a los 30 años. Con un charco de sangre. Me encargaba de la inspección ocular. Me dediqué como un animal a buscar huellas, en el mostrador, en la caja registradora. Mi obsesión era recoger muestras de sangre. Las primeras reacciones de un policía son buscar el quién y por qué. En ese momento, no puedes permitirte el lujo de sentir pena. Pero, claro, los policías también somos humanos. Cuando volví a la comisaría en el vehículo, entonces me detuve a pensar que esa chica tenía mi edad. Pensé en cómo debía de sentirse su familia. Me di cuenta de lo caprichosa que es la muerte”. Rafa Jiménez ahora se encarga de las relaciones con la prensa en la comisaría de Via Laietana en Barcelona, pero durante años estuvo en primera línea en la investigación de asesinatos. Curiosamente, para él no es lo peor de su trabajo. “Habré visto 50 cadáveres, entre asesinatos y muertes violentas. Por eso lo que más me impresiona es el suicidio, lo que más me hace pensar. No lo puedo entender. Estas muertes son terribles: no se pueden prevenir. Es una sensación de impotencia”. Ante tanto dolor, la profesionalidad es lo que le permite aguantar las situaciones más difíciles. “Es verdad, con el tiempo te vas endureciendo. Te haces un poco más aséptico. No interiorizas lo que ves a tu alrededor, pero tampoco lo banalizas. Sabes que tu misión consiste en esto, ser profesional, averiguar los hechos. Tienes que sobrepontearte a lo que ves”. Aunque no siempre se consigue. “Yo, por ejemplo, nunca podría ser agente de tráfico y ver cómo la imprudencia de uno acaba con la vida de otro, porque me cuesta aceptar las muertes debidas a mala suerte o en las que nadie quería acabar con la vida de alguien”. Jiménez ha aprendido que “el paso del tiempo al final lo cura todo. O por lo menos debe curarlo todo”. Y cita un episodio íntimo. “Mi padre murió de infarto en mis brazos cuando yo tenía 14 años. Pero, hoy en día, cuando pienso en él, la mayoría de las veces no recuerdo ese día, sino cuando me llevaba a jugar al fútbol: esto significa que la vida me ha enseñado a aceptar la muerte”.



ANA JIMÉNEZ

Rafa Jiménez
Comisario con siete años de experiencia en la policía científica
Ha reconstruido decenas de escenas de crímenes violentos.

“SIEMPRE HAY QUE APROVECHAR EL TIEMPO QUE NOS QUEDA”

“Uno cada día”. Cristian Villavicencio, médico que cuida de los enfermos de cáncer en su último estadio, suele ver un muerto casi a diario. “Intento no sufrir por ellos. Mi experiencia con estos pacientes me ha enseñado a aprovechar el tiempo. He conocido a personas que han trabajado tanto en su vida... ¿para qué? Yo no quiero esperar a mi jubilación para ser feliz. Quiero disfrutar de mi familia. Después de asistir a un muerto, valoro más la vida y pienso dis-

Cristian Villavicencio
Médico adjunto de la unidad de paliativos del ICO, Institut Català d'Oncologia del hospital Duran i Reinal en L'Hospitalet de Llobregat
Asiste a enfermos terminales en sus últimos instantes de vida.



MARC ARBAS

frutar del tiempo que me da”, cuenta. Villavicencio es geriatra de formación, pero hoy su tarea en el hospital es ingrata: acompañar a los enfermos hacia el paso definitivo. “En todo proceso de la vida tenemos a un médico. De pequeños, empezamos con el pediatra, luego el internista, etcétera. A mí me gustan los pacientes de edad avanzada”. “Me encargo de dar a estas personas esperanza. No esperanza de vivir, sino que trato de reorientar sus expectativas. Yo nunca hablo de calidad de vida, sino de ofrecer cierto bienestar, estar sin dolor, junto a su familia. Simplemente les ayudo a vivir el tiempo que les toca”, explica. “Las reacciones son diferentes. Los más jóvenes piensan: ‘Podría haber hecho esto y lo otro’; ‘Me ha quedado por hacer aquello’. Los ancianos, en cambio, se acuerdan de su tierra. ¿Usted cree que puedo volver a mi pueblo?’. Debido a las circunstancias dramáticas, Villavicencio se ve obligado a actuar como un psicólogo y a emplear técnicas de comunicación muy delicadas. “Suelo formular preguntas abiertas y en positivo, generar empatía. Por ejemplo: ¿qué espera usted de su enfermedad? ¿Ha pensado en cómo serían las cosas si esto no acabara de la manera que usted plantea?”, dice. “Nadie quiere morirse, es cierto, pero la gente me dice algo más: no quiero morirme así. Yo me encargo de cambiar el así”, explica Villavicencio. En su trabajo pasa momentos muy duros. “Soy humano, y cuando tengo un mal día, me abrazo con mi familia. Esto me da vida. ¿Un consejo? Hay que aceptar la fragilidad del ser humano, porque todos necesitamos cuidados. No hay que obsesionarse con la muerte: al final lo importante es cómo se ha vivido”.